

JAVIER SAN MARTÍN
ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA I.
DE LA ANTROPOLOGÍA CIENTÍFICA A LA FILOSÓFICA
MADRID, UNED, 2013, 431 PP.

por **Sonia E. Rodríguez**

Javier San Martín —director de esta revista junto a M.^a Carmen López— no precisa de ninguna presentación en nuestro círculo académico y filosófico. En su haber cuenta con más de una veintena de títulos por todos bien conocidos, entre los que podemos destacar *La estructura del método fenomenológico* (Madrid, UNED, 1986), *La fenomenología como teoría de una racionalidad fuerte* (Madrid, UNED, 1994), *Teoría de la cultura* (Madrid, Editorial Síntesis, 1999), *Para una superación del relativismo cultural. Antropología cultural y antropología filosófica* (Madrid, Editorial Tecnos, 2009) y *La fenomenología de Ortega y Gasset* (Madrid, Biblioteca Nueva, 2012).

Teniendo en cuenta su trayectoria intelectual, dedicar a uno de sus últimos libros una reseña no parece precisar de mayor justificación. Sin embargo, el libro que hoy nos ocupa lugar posee una peculiaridad y es que se trata de la última versión corregida y ampliada del manual básico de la asignatura Antropología Filosófica I; asignatura de la que el propio Javier San Martín es coordinador, y manual, en consecuencia, destinado a los alumnos de segundo del Grado en Filosofía de la UNED. Como recurso didáctico, este libro quizá no merecería una especial atención, pero en seguida comprenderá el lector que la circunstancialidad del libro no le resta, en ningún caso, valor. Por el contrario, junto a

la sistematicidad y claridad propia de estos manuales, Javier San Martín es capaz de ofrecer no sólo una amplia y acertada introducción a esta disciplina sino también su propia perspectiva en la fundamentación de una antropología filosófica que, con claras influencias fenomenológicas, mostrará explícitamente su pretensión de convertirse en filosofía primera y configurar a partir de ella toda una antropología filosófica. Estamos, pues, ante un claro ejemplo de libertad de cátedra, que sólo una vida dedicada a la investigación y la reflexión puede establecer como derecho intelectual de su autor.

El objetivo del manual no es otro que “definir y conseguir un lugar para esta materia, partiendo de que, si existe un saber científico sobre el humano, hay que probar con argumentos convincentes, primero, la posibilidad y, luego, la necesidad de un discurso filosófico sobre este mismo ser” (p. 17). Para ello el libro se estructura en tres grandes bloques —“unidades didácticas” para los estudiantes— que abordan sistemáticamente tres de las principales cuestiones de las que debe dar cuenta la antropología filosófica; a saber: su propia justificación dentro de la filosofía y en relación con las

demás ciencias humanas, la evolución del saber sobre el ser humano a lo largo de la historia y los retos de la antropología filosófica frente a la imagen biológica del ser humano. Cada bloque temático se organiza, a su vez, en cuatro temas fundamentales, que cuentan al final de cada uno de ellos con un apartado de orientación bibliográfica, a partir del cual el Prof. San Martín proyecta diferentes líneas de investigación que, como punto de partida, permitirán al lector trazar su propio discurso por los campos de la antropología filosófica.

El primer bloque temático, «El sentido de una antropología filosófica: ciencia y filosofía», trata de dilucidar la posibilidad, necesidad y legitimidad de una antropología filosófica; pues, a pesar de que desde los comienzos de la filosofía ha existido una reflexión sobre el ser humano, sus características, su vida y su posición en el mundo, esta reflexión no recibe el nombre de “antropología filosófica”, expresión que finalmente se acuñará en el siglo XVIII en contraposición a la proliferación de diversas antropologías marcadas por un carácter pretendidamente científico (antropología biológica, antropología fisiológica, antropología cultural, etc.). Habrá, pues, que

plantearse cuál es la situación de la antropología filosófica dentro de la filosofía y cuál es el carácter filosófico de este saber sobre el ser humano; pero, sobre todo, habrá que plantearse muy seriamente cuál es la relación que guarda o debería guardar esta disciplina con las antropologías científicas y, en general, con las demás ciencias humanas.

Javier San Martín expone dos diferentes modelos de articulación entre la antropología filosófica y las demás ciencias humanas, uno negativo y otro positivo, para apostar explícitamente por el segundo de ellos. Mientras que la articulación negativa tiende a menospreciar lo que otras ciencias humanas dicen sobre el hombre, la articulación positiva implica la valoración positiva —valga la redundancia— del saber científico sobre el ser humano y fomenta, de este modo, el diálogo enriquecedor entre las diferentes disciplinas que tienen como objeto de estudio al ser humano. La articulación positiva tiene, además, dos posibles modos: el primero de ellos dibuja la imagen del ser humano como mismidad y proyecto; el segundo parte de la imagen del ser humano como ser de significados y otorga a la antropología filosófica la tarea de formular, expresar y

transmitir el sentido que el ser humano se da a sí mismo. En cualquiera de estos dos modos la idea de fondo es la misma: el ser humano no puede ser *explicado por* ni *reducido a* la imagen que las ciencias humanas dibujan de él o —como diría Husserl— que la ciencia no tiene la última palabra y —añadiríamos nosotros— mucho menos en la cuestión de qué significa ser humano.

Ahora bien, si el objeto de estudio de la antropología filosófica es el ser humano, debemos ser plenamente conscientes de nuestra posición como testigos privilegiados de nuestro propio ser. Por ello, el método de la antropología partirá de nuestra propia autoexperiencia para, desde ésta, remontarnos hasta las condiciones de posibilidad de lo humano, esto es, hasta la estructura trascendental del ser humano que, necesariamente, queda manifiesta en su estructura empírica. Por ello, nos dice San Martín, el método de la antropología filosófica exige un camino de ida y vuelta, pues una vez alcanzados aquellos trascendentales humanos nos vemos obligados a retornar a la facticidad de la vida concreta de cada individuo. Y, en este camino de ida y vuelta, feno-

menología y hermenéutica quedarán estrechamente imbricadas.

El segundo bloque temático, «Las concepciones del ser humano a lo largo de la historia y en la actualidad», constituye una exposición de las principales imágenes del ser humano que han arrojado la filosofía y la tradición a lo largo de nuestra historia. Tal exposición se remonta a las raíces del pensamiento antropológico, a partir de la visión del ser humano en el pensamiento griego (animal que posee *logos*, razón y palabra), hebreo (ser que tiene *oído* y *escucha*) y cristiano (ser creado a imagen y semejanza de Dios, que tras el pecado original debe buscar su propia *salvación*), por cuanto esta triple vertiente influirá y confluirá en la imagen del ser humano en la modernidad.

Será, precisamente, en la Edad Moderna cuando la filosofía sitúe al ser humano como punto de partida. Autores como Descartes, Pascal y Montaigne serán los encargados de instituir y difundir ampliamente la idea del ser humano como un animal caracterizado por su racionalidad. Pero serán, finalmente, Rousseau y Kant los que diseñarán con precisión el ámbito de trabajo antropológico al hablar y diferenciar explícitamente tres antropologías

que —pese a su desigual nomenclatura y omitiendo aquí las sutiles diferencias entre sus concepciones— destacarán igualmente tres dimensiones de estudio de lo humano: lo que la naturaleza ha hecho con nosotros, la hominización (objeto de estudio de la antropología biológica para Rousseau, fisiológica para Kant); lo que nosotros hacemos con nosotros mismos (objeto de estudio de la antropología cultural o social para Rousseau, pragmática para Kant); y, lo que deberíamos hacer, el estudio del ser humano no sólo descriptivo sino también valorativo (objeto de estudio de la antropología filosófica para ambos autores).

El desarrollo histórico continuará con la breve exposición de los hitos fundamentales de la filosofía de la sospecha —Feuerbach, Marx, Freud y Nietzsche— en la configuración de una antropología de la salvación y, finalmente, llegará a las múltiples líneas antropológicas del siglo XX, entre las que cabe destacar las de Scheler, Plessner y Heidegger, padres fundadores de la antropología filosófica contemporánea. Merecen también ser citados los párrafos sobre la importante aportación española a la antropología filosófica.

Por último, el tercer bloque temático, «Antropología biológica y

filosofía del ser humano», aborda los retos a los que debe enfrentarse la antropología filosófica ante la imagen del ser humano instituida por la antropología biológica, por ser ésta la ciencia fundamental sobre el ser humano en cuanto animal y conllevar serias consecuencias en su intento de explicar la naturaleza humana en términos puramente biológicos.

El estudio y la comprensión de esta imagen debe ser el punto de partida de cualquier antropología filosófica seria, esto es, que tome en consideración lo que las otras ciencias del ser humano dicen sobre él. Dentro de este estudio la teoría de la hominización será un punto fundamental, por cuanto en ella se conjugan la selección natural y cultural en una constante retroalimentación. Tampoco será una cuestión baladí los enormes avances científicos que en los últimos diez años se han dado en la explicación del origen y evolución de la especie humana así como en la diversificación de las razas.

Sólo atendiendo a estas cuestiones estaremos en disposición de elaborar una antropología filosófica que partiendo de la imagen biológica del ser humano, avalada por los datos de las ciencias, trascienda

dicha imagen en la búsqueda de una comprensión más plena y profunda de lo que significa ser humano. Con ello nos veremos obligados a proyectar la imagen del ser humano en un *horizonte crítico utópico*, pues “es en este terreno en el que se ventila el sentido de la vida humana como *algo especial* en la naturaleza, por tanto, en cierta medida, como algo que *va más allá de la vida animal*, aunque sea, obviamente, *sin dejarla*” (pp. 253-254); y, de este modo, queda fundamentada la necesidad de una antropología filosófica que dé cuenta de aquello a lo que no llegan las demás ciencias humanas porque “la vida humana desborda cualquier planteamiento naturalizante” (p. 369).

Comprenderá ahora el que lea estas líneas porqué afirmábamos al comienzo de esta reseña el interés del libro. No se trata de un simple manual de antropología filosófica en el que el autor recoja con mayor o menor acierto los principales enfoques que de ésta se han dado desde una perspectiva histórica. Muy por el contrario, la voz de San Martín está presente a lo largo de todo el libro y dará que pensar tanto a estudiantes e investigadores como a cualquiera de los que, como la autora de estas líneas, estemos interesados en esto que se ha dado en llamar “antropología filosófica”.